

Los espacios de la muerte

La arquitectura funeraria popular en México

Francisco Javier López Morales*

En un artículo periodístico, del 26 de julio de 1987, titulado "Sonríeme Argentina", Carlos Fuentes analiza el presente de ese país a la luz de uno de sus horrores y riesgos históricos: el militarismo. Para ello el escritor nos introduce en el marco de un famoso cementerio porteño...

Buenos Aires. El cementerio de la Recoleta, es la Disneylandia de la muerte. Un laberinto de calles empedradas conectan entre sí a un Escorial de pomposos monumentos fúnebres erigidos a la gloria de los militares y de los oligarcas argentinos. Angeles, trompetas, velos de llanto: estamos en la necrópolis del kitsch. Hay algunas incursiones aisladas del populismo fúnebre: las tumbas de Eva Perón y el boxeador Firpo...

Cuando la Recoleta fue construida, Argentina parecía un país de bendiciones. Una tierra inmensamente rica, una civilización urbana y una población reducida, letrada, homogénea y bien alimentada. ¿Qué ocurrió?...

El silencio y la pompa que encierran esos muros de la Recoleta efectivamente resumen la historia de ese periodo argentino. ¿Qué cementerio en México resumiría los diferentes periodos de su historia tan fielmente? Ninguno y todos. En México la muerte es un tema que se encuentra presente no sólo en esos recintos sino que trasgrede sus muros para irrumpir en todos los momentos de la vida cotidiana. Las páginas más poderosas de la poesía y prosa de Paz, Gorostiza o Rulfo se deslizan en la memoria de la muerte. Los versos de Villaurrutia inundan vertiginosamente todos los espacios con su presencia.

La más perfecta de nuestras costumbres en nada difiere de la muerte... Morir equivale a estar desnudo, sobre un diván de hielo en un día de calor, con los pensamientos dirigidos a un solo blanco... Morir es estar incomunicado de las personas y las cosas, y mirarlas con exactitud y frialdad. Morir no es otra cosa que vivir con un ojo perfecto y sin emocionarse.

La nostalgia perenne por la muerte en el mexicano se mantiene en una complejidad de costumbres con una riquísima parafernalia para la permanencia intemporal.

* Arquitecto, ICOMOS, Academia Mexicana de Historia, México, D.F.

Tres grandes vertientes dividen sus expresiones espaciales y sus arquitecturas: la primera materializada en los espacios subterráneos y ocultos, pertenecientes fundamentalmente a la época prehispánica con notables testimonios funerarios en Palenque, Monte Albán, Mitla o en la zona de Occidente.

La segunda corresponde a la arquitectura que la religión cristiana sacó de la oscuridad a la superficie para celebrar los nuevos ritos fúnebres; inicialmente en los atrios y camposantos de los conjuntos religiosos y después en los cementerios y panteones civiles de los siglos XIX y XX con modestas o lujosas tumbas.

La tercera vertiente incorpora la dimensión de la arquitectura efímera y pasajera, aquélla que se construye y destruye con la misma rapidez y que sincretiza perfectamente el pasado prehispánico, la herencia religiosa colonial y se corona en cada ciclo otoñal con la celebración de los muertos.

El espacio de los muertos en el mundo prehispánico

Gran parte de los ritos mágicos y místicos relacionados con la muerte así como las manifestaciones luctuosas y las fiestas de los muertos que el mexicano celebra hoy día se nutren de las antiguas culturas mesoamericanas. Las razones profundas que pueden explicar el tratamiento del mexicano hacia la muerte deben buscarse en la vivencia autóctona de su condición de ser mortal. Para los antiguos pobladores de estas tierras, todo hombre es mortal y por tanto perecedero, indestructible es en cambio la energía vital; la existencia del ser humano en la tierra se consideraba sólo como una etapa del camino. De acuerdo a los relatos trascritos por Sahagún sabemos que los antiguos mexicanos afirmaban que cuando los hombres morían no desaparecían sino que comenzaban nuevamente a vivir, se volvían espíritus o dioses. Mictlán, el más allá no era un lugar de horrores, era sólo la morada de los muertos, situada en el espacio, el norte a donde se dirigía todo aquel que había terminado su existencia terrenal, para con-

tinuar su vida como huésped del Dios de la Muerte; ni siquiera se trataba de un lugar oscuro, o tenebroso pues cuando el sol se ocultaba en el horizonte, bajaba al Mictlán.

El dominio de la muerte quizás era un espacio impreciso pero no desconcertante ni desconocido ni en tiempo ni en dimensión; lo imaginario era recreado por los vivos mediante imágenes compartidas por todo el mundo mesoamericano. El viaje al más allá duraba cuatro años y el muerto debía someterse a varias pruebas mágicas y arrostrar todos los peligros que deparaba ese tránsito, para lo cual le acompañaba un perro color aleonado. En la boca le colocaban una cuenta de jade que le serviría para poder defenderse de las fieras empeñadas en destrozarle el corazón. Como provisiones para el viaje, ponían en las cámaras fúnebres vasijas, platos y recipientes con agua y comida. Si el difunto era noble también lo acompañaban a la tumba sus mujeres y sirvientes ya fuera en persona o mediante sus efigies modeladas en barro.

Morir para nacer, toda muerte era para la mentalidad indígena el preludio de una nueva vida, sin ningún final. La concepción de la mortalidad es sustantiva en el México prehispánico.

Es inevitable en esta concepción hacer un paralelismo con los conceptos y las ideas de la resurrección en la corriente judeocristiana; sin embargo resucitar al género humano a través de la imagen del Cristo implicaba la observancia de una vida de sacrificios y grata a Dios, y reservada quizás a los escogidos que tuvieran el don de la justicia, la piedad y la templanza.

Así los judeocristianos guiaban el proceder de los mortales por un ideal ético religioso visto como un fin en sí mismo. La mentalidad mesoamericana operaba con otros principios y fundamentos, con otra etiología. El infierno y el paraíso no eran la traducción inmediata de los espacios de castigo y recompensa de acuerdo a la lógica occidental; la vida en el Mictlán no tenía una concomitancia con el proceder moral del individuo, quien seguía viviendo como consecuencia de la indestructibilidad de la energía. Si bien existía el infierno como concepto de castigo éste se situaba precisamente en la misma tierra, en la naturaleza del hombre y en su incertidumbre.

La muerte entre los indígenas era parte de la expresión de la facultad de habitar, que consistía en la percepción del uso del espacio primigenio en sus dimensiones tangibles e impalpables. El mundo que nos rodea con sus ambientes y conjunto de edificios creados por el género humano eran el sostén y la metáfora de las diversas identidades de los hombres vivos y muertos. En el arte esto era trascrito de manera persistente.

Las imágenes de la muerte plasmadas en calaveras, en huesos y actos de sacrificios no causaban el horror y la angustia que se manifiesta en el cristiano; estos códigos y símbolos aludían más bien a la inmortalidad. El efímero transcurrir del hombre en la tierra se transformaba en actividad de la energía divina.

La muerte y el "nepantlismo" como trauma espacial

Las ideas indígenas sobre territorio, espacio y continuidad se mutilan y se destruyen con el trauma de la Conquista española. La confrontación entre la visión fluida de los mundos pasados prehispánicos y el pragmatismo de la cultura occidental provocaron una ruptura y una pérdida del concepto espacial entre los grupos indígenas; el fenómeno los coloca en una situación de alienación, los "desubica" y los deja en medio de dos realidades culturales diferentes es decir en: "Nepantla".

A este respecto expresaban los sabios indígenas:

No podemos estar tranquilos y ciertamente no creemos aún, no tomamos por verdad lo que decís, aun cuando esto pueda ofenderos... Es ya bastante que se haya perdido, que se nos haya quitado, que se nos haya impedido nuestra antigua forma de vida. Si en el mismo lugar permanecemos, sólo quedaremos hechos prisioneros... dejadnos ya morir, dejadnos ya pe-recer, puesto que ya nuestros dioses han muerto...

Fray Diego Durán reprende el comportamiento de un indígena y éste le responde "Padre no te espantes pues todavía estamos en Nepantla".

Las formas de organización del espacio esenciales en la representación del universo precolombino, del real y del ideal, desaparecieron virtualmente debido a los cambios impuestos por la colonización ya que estos cambios fueron invariablemente forzosos y emprendidos a contrapelo de las tendencias nativas; sin embargo la resistencia a dichas transformaciones presentada por los grupos que habitaban nuestro territorio debe entenderse como defensa a su propia identidad e integridad como pueblo.

No sabemos si el tiempo y el espacio presentes han conciliado la visión fluida de la historia como continuidad que el mundo indígena poseía y el horizonte actual del devenir occidental; el nepantlismo en muchos aspectos de nuestra cotidianidad es un rasgo persistente, la cultura mestiza mexicana causó ambas posturas. Esta simbiosis no sólo se manifestó desde un principio en el variado cuadro de castas y razas que conformaran la sociedad colonial sino también en su pensamiento y en su cultura. Los temas y manifestaciones de y sobre la muerte no escapan a esta mezcla que le dará un carácter poco "solemne" y hasta algo irreverente a la muerte; la obra de fray Joaquín Bolaños titulada "La portentosa vida de la Muerte, emperatriz de los sepulcros, vengadora de los agravios del altísimo y muy señor de la humana naturaleza" testimonia fehacientemente lo anterior.

Escrito al final del periodo colonial, en 1792, este trabajo desató más polémica que devociones y a pesar de las múltiples advertencias que el autor anota desde el inicio del libro se suscitaron muchas críticas espantadas por el "mal gusto" y el desagravio a asuntos tan sagrados. Bolaños con gran imaginación y humor colorido estructura el viaje de la muerte, las andanzas de la emperatriz de las tinieblas, en 40 largos capítulos. La muerte personificada en el esqueleto se hace compañera inseparable del hombre

al cual siempre trata en sus fastos o en sus duelos según su condición o carácter; las escenografías siempre son conocidas y aunque la materia no era gustosa sí era familiar, la historia mantiene a la muerte en un espacio próximo a la vida cotidiana; la lectura de la obra —según Bolaños lleva un poco de mística— es divertida y trata de desengañar las conciencias: “Si te agrada la sigues, y recibes este corto obsequio de mi sincera voluntad; si no te gusta, la arrimas a un lado, en la inteligencia de que quedamos amigos como siempre”.

En el mundo actual el espacio de la muerte es un espacio desconocido y desconcertante, sin perspectivas claras ni itinerarios precisos. El espacio de la muerte ha perdido significado en la abundantísima clase media de las grandes ciudades. La nuestra y la muerte de los que queremos han sido postergadas al rubro de los trámites. Sin embargo en el otoño soleado la celebración de muertos llena de vivos y de flores los panteones citadinos y pueblerinos para regocijo de los muertos. Cuando visitamos el Panteón de Dolores (uno de los más populares en una de las más populares ciudades del mundo) había pocos vivos: los sepultureros y aquellos que vienen a encontrarse con los ausentes y con los recuerdos. Todos estos muertos están confabulados en el silencio que se deja sentir al caminar entre los interminables caminos y senderos de las tumbas. La arquitectura y las esculturas de los cementerios citadinos recrean la imaginería urbana y el paisaje construido de la *civís*, de acuerdo a los orígenes del difunto si fue de alcurnia, reproducirán elegantes panteones y criptas; en cambio si fue de extracción humilde el descanso del alma será velado por dulces y coloreadas vírgenes de Guadalupe o bien arcángeles vengadores al fondo de la lápida terminada en brillantes azulejos, angelitos de la guarda reducidos a inmóviles estatuas que cuidan el sueño eterno de los niños, o una simple cruz de hojalata; cuando adoptan formas arquitectónicas más pretenciosas estas sepulturas generalmente se apegan a estilos funcionalistas, remedos de Deco, Ranchero Provenzal, Early Naucalpan o Coca Colonial.

Pero el último trámite para las masas urbanas devastadas por la crisis se ofrece a crédito, con cómodos programas de autofinanciamiento. Los entierros ya no se hacen a perpetuidad, la especulación del suelo urbano no lo permite. Los paisajes alucinantes de “Jardines del Recuerdo” o del “Parque Memorial” ofrecen lotes múltiples donde lo único que permanece es un número. Frente a esa trágica, anónima y desesperanzadora despedida, el rito mágico de la muerte adquiere otras dimensiones en el campo mexicano y sus tumbas se visten de colores.

Ofrendas, incienso y cempasúchil

Para superar las dificultades y pesares del viaje al más allá, en Mixquic y en otros pueblos indígenas del Valle de México, los vivos y los muertos comparten el pan y la sal. Sus habitantes le hacen honores a la muerte, le rinden

culto, se mofan de ella y hasta logran una comunión entre las almas y los espíritus.

El festejo del Día de Muertos en estas poblaciones del sur de la ciudad de México es una tradición que se ha conservado por siglos. Por generaciones ha soportado con frialdad los embates de una cultura urbana que se ha empeñado en borrar costumbres. La festividad es esperada con paciencia en cada noviembre. Todas las casas de la población se preparan desde unas semanas antes de que finalice el mes de octubre. En cada vivienda se lleva a cabo una fiesta en la que todos participan, con preparación de calaveras y ofrendas. Los ataúdes son llevados por las calles con itinerarios precisos que marcan en cada una de sus etapas la presencia de los desaparecidos. La festividad comienza exactamente a las 19 horas del 31 de octubre con una merienda de atole, chocolate, tamales y frutas; al día siguiente se sirve el desayuno a los niños y difuntos que fallecieron sin bautizo. A la ofrenda puesta precisamente en el altar principal de cada hogar se le cambian las flores de diversos colores y solamente se colocan flores de cempasúchil con candelabros negros y ceras en similar cantidad de difuntos y visitantes; se dejan los vasos con agua y recipientes con sal. Se marca el camino de ingreso desde la puerta hasta la ofrenda con flores amarillas y se colocan los productos u objetos que fueron del agrado de los difuntos. También se ponen fotografías y se llama a cada difunto por su nombre; una vez puesta la ofrenda se encienden las velas y se agrega copal o incienso al sahumerio. La muerte no sólo ocupa todos los espacios domésticos en esta ocasión, sino que además se hace presente en todos los ámbitos de la comunidad.

En la noche se dirigen al camposanto y sobre las tumbas previamente limpias y delicadamente adornadas se rinde homenaje a los seres que dejaron huella de su paso por este mundo. Se encienden todas las velas y se logra la iluminación de todo el espacio, fenómeno que enmarca la relación de los vivos y los muertos en un ambiente de misterio y misticismo. Existe en ese momento una verdadera comunión entre los vivos y aquellos que están vivos en su condición de ánima.

Al día siguiente, los habitantes del pueblo se intercambian ofrendas y se dicen frases que marcan la humanidad y la fraternidad “Aquí está la ofrenda que dejaron los muertos para usted”.

Para entender cabalmente la arquitectura de los cementerios del México profundo y popular es imprescindible desentrañar el sentido festivo, religioso y luctuoso de la muerte y saber leer las reminiscencias de los antiguos hábitos reflejo de remotas creencias. Los panteones rurales parecen todos cortados con la misma tijera; en ellos la inspiración católica son visibles; aunque el espíritu sea distinto, el rito del velorio y el entierro, parte consustancial del ceremonial, se relacionan con el mundo prehispánico.

La ofrenda y la parafernalia que constituyen el vestido de la arquitectura funeraria beben de tradiciones muy antiguas. Las manifestaciones de duelo en los pequeños po-

blados son poco lúgubres y cuando se trata de infantes incluso revisten un cierto carácter festivo.

En los pueblos mayas de la península yucateca los cementerios son un verdadero espectáculo de color y de formas insólitas. No existen casi sepulcros y la arquitectura funeraria propiamente dicha es muy pequeña pues no hay tumbas sino osarios. Durante la semana de festividades en honor de los muertos se procede a la exhumación de los cuerpos enterrados dos o tres años antes, en vista de la escasa profundidad de la capa de tierra en Yucatán y de la necesidad de dejar fosas disponibles; envueltos en tela y puestos en una cajita se depositan los restos en pequeños nichos en los muros del cementerio o en los reducidos espacios que quedan entre las tumbas.

Previamente a su colocación definitiva en el camposanto, los restos se llevan a la casa y permanecen debajo de la mesa donde come la familia con el maestro cantor quien

dirige la ceremonia de salmos y resos. Como el tiempo transcurrido desde el fallecimiento ha sido suficiente, el alma está completamente a salvo, las familias pueden libremente manifestar su tristeza sin temor a que ésta se quede. La muerte es aceptada con gran resignación por ser designio divino y no provoca manifestaciones exageradas de dolor.

Los osarios en Yucatán son verdaderas maquetas de la arquitectura regional, doméstica, suntuaria y religiosa: podemos encontrar la típica choza maya con techo de guano; adoptan formas también de iglesias con sus torres de campanario al frente o hasta reproducciones del Castillo de Chichén Itzá, o de edificios prestigiosos de la gran Ciudad Capital; la imaginación formal y cromática no tiene límites y cada año invariablemente los monumentos fúnebres adquieren nuevo colorido para tener en paz a las almas yacentes.

CEMCA

ESTUDIOS RURALES

- Nicole Percheron, 1983

Problèmes agraires de l'Ajusco

- Pierre-François Baisnée, 1989

De vacas y rancheros

- TRACE 19, junio 1991

Acerca del campo (Coedición con el ORSTOM)

- ALBUM FOTOS en coedición con el IFAL y el ORSTOM

Guy Stresser-Péan, 1988

El arado criollo en México

Rosa Pla y Jesús Tapia, 1990

El agave azul; de las mieles al tequila

